

LA MÚSICA ENTERRADA

Acabo de escribir las palabras de un título. Y me doy cuenta de que salieron con una cierta -no, mejor una incierta- resonancia poética. Como de rótulo para un libro (¿quizás el recuerdo de «Música amenazada», de Félix Grande?), como apertura de un poema. No sería la primera vez que se tiene el título, ni más ni menos, y luego el temeroso desierto del papel en blanco. Pero lo de música enterrada que yo digo, la música amenazada de un olvido que si pasa mucho más tiempo se convertiría en insalvable, conviene, desde luego, a lo que quiero expresar, y diría que con urgencia.

Puede resultar curioso analizar las motivaciones de unas cuartillas periodísticas. Nunca se puede estar totalmente seguro, pero sospecho que estoy escribiendo porque vengo del teatro, porque encuentro en el diario una noticia necrológica, porque alguien me habla de una incitante posibilidad que se refiere a mi tierra. Tres porqués, ninguno de los cuales hubiera bastado, probablemente, pero que se juntan y unos a otros se potencian.

En «La muralla china », el drama de Max Frisch que ahora anda por nuestras provincias -bendita sea la Campaña Nacional de Teatro-, se habla en un momento dado de las máximas cotas de la Humanidad y el personaje tiene que sintetizar en unos pocos rasgos ejemplarizadores: la música alemana, los pintores españoles, no sé si la poesía de Shakespeare. No hay objeción, no tengo nada que decir en contra. Pero como toda obra de arte verdadera es desencadenante de pensamientos, yo di en pensar que también la música española... y pensaba en los tesoros que andan diseminados, y quiera Dios que no perdidos, por las muchas y casi secretas estancias de las muchas Iglesias y conventos del país, como en Universidades y otros centros de cultura. Porque nuestros Siglos de Oro -mejor en plural, digamos que el XV, XVI y XVII- no acaban en la gran pintura y en la literatura indiscutible, sobre todo si alguien que sepa, y que quiera y que pueda, da seriamente en el empeño de una gran operación de rescate. Parece que hay partituras, códices, manuscritos de polifonías que sólo esperan las manos cuidadosas que vayan a quitarles el polvo. Algunas veces, el acicate nos llega de fuera. Este verano andaba por aquí un prestigioso investigador norteamericano, Frederick Marvin removiendo una vez más el material valioso... para editarlo en América. Así los villancicos escénicos del padre Soler, unas preciosidades «resucitadas» en El Escorial. A un español artista y apasionado por el tema le oía yo comentar el caso, a medias entre agradecimiento y la lamentación. Gratitud porque la merece quienquiera que trabaje en el empeño, y dolimiento de que no seamos los

españoles quienes descubramos España, de que estemos perdiendo la posibilidad de enriquecer espléndidamente el fondo de nuestras propias editoriales.

Luego, el periódico de Barcelona, me trae lutos por la muerte de mosén Higinio Anglés, monseñor en Roma. Él sabía de música sacra. De música celestial, diríamos, si no fuera la tendencia a imponer el sentido figurado sobre el verdadero, de manera que lo de música celestial ya sólo se emplea para aludir a palabras vanas, eso que llamamos monsergas. Y verdaderamente, la música sacra, desde la humilde iglesia aldeana hasta la miagada catedral gótica, ha sido siempre un intento terrenal de aproximación a lo célico. Música inventada y ejecutada por los hombres con instrumentos que un día serán polvo sin remedio -tubos de órgano, cuerdas de humanas gargantas-, pero que se proyecta hacia la exploración de ámbitos de eternidad (a mayores de esa búsqueda de eternidad que comporta todo arte por el mero hecho de serlo). ¡Quién no sabrá encontrar en sus adentros alguna vivencia que dejó señal! Llega la música adonde no llegan la palabra y la meditación silenciosa, y ni siquiera el misterio sagrado del rito. Es verdad que muchas veces la música de iglesia nos produce no más que una piedad ornamental, una conmoción que cesa cuando regresamos a nuestra rutina. Algo como el sentimiento que nos embarga en la Nochebuena o en último momento del año, cuando al dejar nuestros asuntos y encaminarnos al hogar o a la diversión, trabajados en el subconsciente por mil años de ternurismo, besaríamos al prójimo más miserable, perdonaríamos deudas, repartiríamos hasta la ropa que llevamos encima...., aunque a la mañana siguiente sólo nos quede el recuerdo de una vaga embriaguez. Yo he desconfiado siempre de las conversiones que suponen tal riesgo de ser efímeras. Aunque, pensándolo mejor, cuesta tanto trabajo ser bueno que quizá valga la pena cualquier aproximación, venga por donde quiera. Monseñor Anglés debió de acabar su vida sintiendo secretas músicas, que en él no fueron gusto de un momento, sino justificación de una vida entera. Y acaso oyera no solamente las músicas ya conocidas y editadas, sino esas otras que sabía que están ahí, esperando, como lo estaban aquellas que él mismo supo reanimar con su larga paciencia. Música sacra, por otra parte, que hondamente se relaciona con la profana, en cuanto nos remontamos a siglos pasados. Esto nos lo sabría decir pronto un especialista: cómo nuestras noches actuales del Liceo empalman en alguna medida con los «misterios» y «milagros» de otra edad.

Por encima de la inexorable ausencia, el músico de Maspujois queda como ejemplo vivo de dedicación a estas exploraciones que son artísticas, mas también patrióticas. Pero también en estas fechas -y heme en la tercera de las incitaciones que anunciaba-, como prueba de que las grandes empresas han de hacerse pasando de mano en mano la antorcha, oigo sonar campanas y mal podré decir que no sepa dónde. En una villa fronteriza entre lo castellano-leonés y lo galaico, Villafranca del Bierzo, andan inquietos con la comezón de organizar un simposio al que acudirían las más

prestigiosas figuras universales del tema. Sería una ocasión de meditaciones y estudios, pero con la consecuencia práctica de una llamada general para la recuperación de muchas maravillas musicales, religiosas y profanas. Villafranca del Bierzo fue una gran villa en el XV, XVI y XVII, que es decir las centurias en que España era una gran nación. Ya antes supo de canciones e himnos peregrinos, porque al camino de Santiago y a quienes lo transitaban debe la existencia, y acaso el nombre. Ahora es una pequeña ciudad con castillo y colegiata, más otras seis o siete iglesias y conventos, y calles con escudos. Alguna vez llegan viajeros, y los hay que tienen que marchar -oh, Señor- porque no se acostumbran a dormir en tanta paz y silencio... Son razones bastantes para que a Villafranca del Bierzo se le confiera la capitalidad de este acontecimiento, por el que se interesan ya las altas instancias de Madrid -y no digamos las autoridades leonesas-, los especialistas del extranjero, el Vaticano. Y a mayores, el suceso feliz de que un gran músico joven y entusiasta haya tenido novia, y ahora tenga mujer, en aquel castillo. Cristóbal Halffter puede hacer mucho, y quiere hacerlo, por rescatar la música enterrada.

Antonio PEREIRA